

UN SANTO CONTEMPORANEO ⁽¹⁾

Cuando, niño pequeñito, oía yo referir historias y cuentos en que figuraban reyes y emperadores, me imaginaba los monarcas unos hombres de estatura gigantea, aspecto terrífico, luenga y reluciente barba, vestidos á toda hora de manto rojo aforrado de armiño, ceñida siempre la corona y empuñan lo sin cesar el pesa lo cetro de oro y pedrerías.

¡Cuál no sería, más tarde, mi sorpresa al saber que un rey es un hombre perfectamente igual en naturaleza á sus súbditos; superior á ellos sólo en la dignidad y el cargo; un hombre que viste de ordinario á la última moda, come como un simple mortal, y está sujeto como todos, y á veces más que todos, á las adversidades y flaquezas propias del humano linaje!

Los niños chicos yerran en la idea que se forjan de los reyes; algunos cristianos adultos se engañan en el concepto que tienen de los santos. Se los imaginan varones que sólo existieron en edades remotas y en lejanísimas comarcas, sin pasiones que vencer, sin luchas en que triunfar, en éxtasis perenne, sin más ocupación que orar y hacer milagros.

“Un santo, escribí hace ya muchos años, es un hombre como nosotros, pero mucho mejor que todos nosotros; un hombre dotado de un carácter, defectuoso quizá, pero que aprende á dominar; un hombre sujeto á las pequeñas faltas cotidianas, pero que hace sin cesar esfuerzos para desarraigarlas, y que compensa con sus buenas obras sus debilidades é imperfecciones. Nadie hay en su trato más parecido al común de los hombres que un santo; porque nadie está más lejos del orgullo, que nos impulsa á singularizarnos; nadie más lejos de las extravagancias y defectos, que son lo que más llama la atención de las gentes.”

(1) Leído en la velada que celebraron los PP. Salesianos para festejar el título de Venerable dado á su Fundador.

¡Un santo á fines del siglo XIX! Un santo á quien conocieron y trataron y de quien recibieron beneficios varias de las personas reunidas aquí, en este recinto! Y sin embargo, nada más cierto. El venerable D. Juan Bosco fue maestro, guía, consolador, ejemplo de algunos de los salesianos que me están escuchando.

Es D. Bosco el santo de nuestro siglo; el mejor modelo que podamos imitar. Modelo fácil, al alcance de todos; porque nació de humilde cuna, se crió en los trabajos del campo, se educó en un seminario diocesano, y no pasó de simple sacerdote. No resplandecía en su frente la auréola del genio, no destellaba su espíritu con una ciencia extraordinaria; su cuerpo no era llaga viva á poder de incesantes disciplinas. No fue rey de la elocuencia, no honró las cátedras de las universidades, no peregrinó á tierra de salvajes para anunciar la fe de Jesucristo. ¿Qué fue, pues?

Un cristiano que se negó perfectamente á sí mismo; un sacerdote que participó con Cristo no sólo del oficio de sacrificador, sino del de víctima voluntaria; enamorado de Dios y hecho un horno de celo por el bien de todos sus prójimos.

Cuando un hombre es así, arrebatada el corazón de Dios, y puede decir, como la Virgen María, aunque en menor grado que ella: “Hizo en mí cosas grandes el que es Todopoderoso.” Y cosas grandes cumplió el Señor en su siervo. De origen oscuro, imperaba D. Bosco sobre ministros y potentados de la tierra; pobre labrador, dispuso de millones para sus obras buenas: presbítero, cuenta muchos obispos entre sus hijos; sin moverse, llevó la luz y el calor del Evangelio á los últimos confines del globo.

Si Dios, superior á él en grado infinito, le amó tanto, ¿cómo no le amaré yo, que no me habría creído digno de desatarle la correa de su calzado? Si fue preferido del Rey de la gloria, ¿cómo no será amado del ministro, aunque indigno, del soberano Señor? Amo á D. Bosco, por-

que él supo honrar á mi padre Dios, á mi madre María. Imposible no querer á quien colma de gloria á nuestros padres. Lo amo porque fue amigo de los pobres y de los niños, porque fomentó las vocaciones al sacerdocio; porque nos mandó á sus hijos, providencia de nuestro pueblo, á sus hijos que, para valerme de una frase hipócrita de los impíos, me arrebataron, á mí, sacerdote colombiano, el derecho de irme de capellán al Lazareto.

Aún no podemos oficialmente llamar santo á Don Bosco; y si lo he apellidado así, sólo he tomado la palabra en su sentido más amplio, sin prevenir el juicio de la Iglesia; aún no podemos poner su imagen en los altares ni rendirle culto; pero ya es lícito conservar su retrato en nuestras casas, invocarlo privadamente en nuestras plegarias; otras generaciones le honrarán con los divinos oficios; honrémosle nosotros con la imitación de sus virtudes.

Bogotá, Marzo 25: 1908.

R. M. CARRASQUILLA.

LA EDUCACION EN COLOMBIA

II

EL JOVEN

El desarrollo natural del sér, que tiende á formar el tipo completo de su especie, implica que las facultades del niño se hallen perfeccionadas en el joven; y en pueblos en donde, á favor de una tradición de siglos, se respira una atmósfera de costumbres perfectamente definidas y sólidamente fundadas, Inglaterra por ejemplo, se verifica á maravilla la ley arriba enunciada. El joven es un niño crecido en quien van ganando terreno las facultades viriles, sin marchitarse aún aquellas otras llenas de frescura con que